

ye en el apartado de los realistas, está plagada de elementos procedentes del naturalismo. En segundo lugar, parecen excesivos los subgrupos en los que se divide a los continuadores del realismo —e incluso a los del naturalismo—, pues la línea divisoria entre ellos resulta demasiado sutil y, en ocasiones, el criterio escogido para la clasificación es difuso u obedece a razones de valoración de la obra y no a su contenido o a su estructura narrativa. En tercer lugar, la intuición del concepto de novela formalista es muy acertado, pero tal vez resulta insuficiente su caracterización, pues, del modo en el que se expone, difícilmente podría incluirse en ese epígrafe las novelas esperpénticas de Valle-Inclán —el universo en ellas sí es determinante—, que también son predominantemente formalistas. Respecto al cuarto grupo, también han de elogiarse su concepto de novela intelectual y su caracterización, pero el lector tropieza con un obstáculo: después de que se ha prescindido —a mi entender, adecuadamente— del concepto de generación del 98 (cuya existencia misma puede discutirse), para la división de la narrativa del periodo, se observa cómo existen importantes coincidencias entre los abúlicos protagonistas de algunas novelas de Unamuno (*Niebla*); Azorín (*La voluntad*) o Baroja (*El árbol de la ciencia*). Por último, en el grupo vanguardista no se habla de Rosa Chacel, muy vinculada a los medios intelectuales orteguianos, y no se dedica atención suficiente a la prosa narrativa de Salinas, tal vez porque los límites en los que se ha encerrado a los jóvenes novelistas resultan demasiado estrechos para contenerlos a todos. Sin embargo la inclusión de los humoristas —interesante, en cuanto que supone el final de su injusta postergación— habría de explicarse con mayor detalle. Pero en conjunto la clasificación que propone el libro parece acertada. Quienes intenten de nuevo la periodización de la etapa habrán de partir necesariamente de ella.

Eduardo Pérez-Rasilla

ÁLVAREZ PELLITERO, Ana M<sup>a</sup>, ed., *Teatro medieval*, Madrid, Espasa Calpe, 1990.

DOUGHERTY, Dru y Vilches, M<sup>a</sup> Francisca, *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y documentación*, Madrid, Fundamentos, 1990.

El primero de estos trabajos consiste en una reunión de textos hecha con propósito pedagógico, textos precedidos de una «Introduc-

ción general» y de capítulos también introductorios a cada uno de ellos.

El primer problema que presenta el teatro medieval es el de su reconstrucción arqueológica; ya en la centuria pasada indicaba por ejemplo el muy benemérito Adolfo Federico Schack que el que sólo se hubiese encontrado un drama religioso occitánico del siglo XI, no constituía «motivo suficiente para colegir de esto que fue el único ensayo de su época y de la posterior». La estimación de que ningún género de poesía era tan elevado como la lírica —añadió— hizo «que se mirasen con desprecio las producciones más populares», y que así se perdiesen tantos documentos inestimables.

Pensando sin duda en los testimonios que hasta ahora poseemos, Ana Álvarez pide que en su interpretación se abandonen las posiciones de «riguroso maximalismo», y que el marco de la investigación se tenga abierto. Más en particular, nuestra autora recoge la idea de que «la imposición desde el año 1085 por parte de los cluniacenses, respaldados por el rey, del rito romano en su variante depurada de la Curia, fue vista por el pueblo como una amenaza... a sus viejos usos y costumbres, y en definitiva a su propia identidad cultural... El pueblo... propende a escenificar los misterios básicos relacionados con el Nacimiento, Muerte y Resurrección de Cristo».

En efecto estamos de acuerdo con el espíritu de esta propuesta; por nuestra parte hemos dicho en algún trabajo propio que «la acción de los cluniacenses estuvo limitada tanto espacial como temporalmente». Por lo que se refiere al «Auto de los Reyes Magos» indica Ana Álvarez que «su madurez dramática presupone una tradición» que rompe con la idea de un desierto panorama de representaciones; a la referencia que hace al análisis de 1954 llevado a cabo por Lapesa cabe sumar estas palabras posteriores (1983) del mismo historiador de la lengua: «El hecho probable de que el Auto de los Reyes Magos fuese compuesto por un catalán o gascón no puede servir de apoyo para negar la existencia de teatro litúrgico medieval en Castilla».

Contamos ahora con la publicación entera del catecismo (1325) de Pedro de Cuéllar (José Luis Martín y Antonio Linage, *Religión y sociedad medieval*, Junta de Castilla y León, 1987), y en él leemos:

Otrosí los clérigos non deven husar de joglarías nin de alvardanes e non deven jugar a las tablas nin a los dados, que del juego de los dados se levantan muchos males... Nin deven jugar a juegos que vengan por suertes; pero el axe-

drezen bien puede jogar... e en tal manera lo deven jogar que non pierdan las oras nin sea negligente el clérigo... Otrosí en las iglesias non se deven fazer juegos sinon si sean juegos de las fiestas así como de las Marias e del monumento.

La profesora Álvarez ya conocía este texto a través de sus colegas salmantinos, y se refirió al mismo en un artículo anterior (*El Crotalón*, 2) y lo hace de nuevo en el presente volumen; estamos de acuerdo con la interpretación de que el pasaje señala que «lo que se representa guarde conexión con la fiesta que se celebra», y con lo que de manera inteligente añade Ana Álvarez: «Ese 'e del monumento'... bien pudiera aludir a una escenificación... con ángeles, Marias» y la sepultura de Cristo. En su artículo previo nuestra autora entendía que el catecismo «habla... de representaciones ligadas a otras fiestas»; nosotros nos adherimos en conceto a la (creemos) nueva interpretación que acabamos de indicar: los «juegos» han de estar relacionados con las «fiestas» de que se trate.

Por supuesto toda la literatura y desde luego la literatura religiosa surge de un fondo de mentalidades, ideas, sensibilidad, etc.; en el caso del *Auto de la huida a Egipto* de la segunda mitad del Cuatrocientos, nuestra autora advierte su impregnación franciscana y en tal marco lo considera: «La humanización de la figura de Cristo —escribe— constituye la nota esencial del franciscanismo... En esta corriente de amplificación de la infancia de Cristo se inserta el Auto». Así en la pieza queda destacada «la figura de Dios-hombre frente a la de Dios-poder».

Del mismo modo la profesora Ana Álvarez destaca en el texto del «Auto...» una manera de «amplificatio verborum» que es la anáfora intensiva; se dan varios casos, el más nítido de los cuales dice:

Es verdadera carrera  
es eterno, es infinito,  
El os levará a Egipto,  
El os volverá a esta tierra.

En el mismo orden de una dramaturgia con sustancias de contenido claras está la «Egloga» hecha por Francisco de Madrid, muestra de un «teatro político». Se trata de un atractivo texto que aún necesita —acaso—, su análisis monográfico desde el punto de vista efectivamente histórico-político.

En dos palabras podemos decir que la recopilación llevada a cabo por Ana Álvarez Pellitero resulta útil e instructiva, y que está hecha con rasgos de inteligencia. Su presencia en el mercado nos recuerda el problema sugestivo de los orígenes del teatro castellano.

A la escena contemporánea en cambio está dedicado el trabajo de Dru Dougherty y Francisca Vilches; tras un estudio o análisis previo, el amplio volumen recoge el conjunto de obras o cartelera representadas en Madrid de 1918 a 1926. Estamos pues ante un banco de datos que podrá ser útilmente aprovechado por distintos investigadores.

Nuestros autores indican que se trata de un momento de gran actividad teatral, con muchos autores y críticos desde luego excelentes; predomina en la escena el género cómico, la comicidad falta de sentido crítico. También se dan unos autores que predominan y protagonizan la actividad dramática: los Álvarez Quintero, Arniches, Muñoz Seca, Benavente...

No obstante, la persistencia de «convenciones anquilosadas» y de esa comicidad vacía llevó a la aparición de intentos renovadores; de 1921 a 1924 se cuenta con textos en este sentido de Lorca, Baroja, Unamuno o Valle-Inclán. Dougherty y Vilches dedican sus páginas 130-141 a referirse a estos autores y a Azorín y Jacinto Grau en tanto sus estrenos «marcaban unas líneas de experimentación escénica no apreciadas en su día por el gran público».

En efecto, el estudioso del teatro de las décadas iniciales de nuestro siglo habrá de tener a la vez en cuenta lo más establecido y convencional del mismo, y los intentos renovadores; a final de los años veinte García Lorca llevó a las mismas tablas el problema con su «El público», texto en el que desafiaba los convencionalismos escénicos y éticos y proclamaba su derecho a otra forma de teatro y a otra manera de amor humano.

Nos hemos referido a dos publicaciones recientes en torno a la historia del teatro español, y en ambas se ve la apelación a los textos y documentos y a la información objetiva; creemos efectivamente que sin un punto de partida documental y filológico la crítica nunca resultará sólida. El trabajo erudito es lento y penoso, abulta a primera vista menos que la elucubración brillante, pero resulta ineludible.

En realidad ambas cosas son necesarias, el apoyo erudito y la interpretación teórica, pero acaso los estudios literarios hayan sido de-

masiado exclusivamente teorizantes durante varios lustros. Por supuesto, sin interpretación teórica el estudioso acaba por resultar mudo, pero sin apoyatura empírica también termina por permanecer mudo ante la riqueza y variedad empírica de lo real.

Los trabajos que hemos visto nos recuerdan la necesidad de estar abiertos siempre a la concreta y compleja riqueza de los datos. Respecto al segundo de ellos diremos que quizá hubiera sido mejor el uso de la palabra «comprobar» en vez de «constatar» (p. 53), y que la imprenta ha introducido un desajuste: entre una línea y la siguiente aparecen tipográficamente las palabras «esc-énica», «te- / atro» (bastantes veces), etc.

Francisco Abad  
UNED (Madrid)

RIDRUEJO ALONSO, Emilio, *Las estructuras gramaticales desde el punto de vista histórico*, Madrid, Síntesis, 1989, 131 pp.

Constituye este libro el décimo de una colección lingüística dirigida por Francisco Marcos Marín a la que se ha dado la denominación de *textos de apoyo*. Bajo este título se reúne un conjunto de trabajos cuyo propósito fundamental consiste en la realización de pequeñas monografías que sirvan de base y complemento a los manuales sobre los más diversos temas; éste es el objetivo que persigue y obtiene Emilio Ridruejo Alonso con el presente estudio.

R.A. ofrece un análisis del cambio gramatical que proporciona una visión de conjunto, sin necesidad de una profundización exhaustiva, propia de libros de otro carácter. El autor estructura el libro empezando por lo general para descender a lo particular: en efecto, tras acercarse al fenómeno del cambio lingüístico y llevar a cabo un breve recorrido por el desarrollo de la lingüística histórica, comienza a centrarse en el cambio gramatical, estudiando los aspectos más relevantes de éste. Esta estructura coherente y unitaria facilita e incluso guía, en muchas ocasiones, la comprensión del lector. Asimismo, la claridad expositiva es otra de las características más sobresalientes del trabajo de R.A.: el autor describe y define, con afán didáctico, todo fenómeno antes de teorizar sobre él; estos rasgos están de acuerdo con la citada denominación de *texto de apoyo*.